

Agenda-

(Temas a discutir en grupos de estudio.)

1.- Sobre el Ibero-americanismo

Por Jorge Valls

2.- POR QUÉ CUALQUIER PODER, POR MÁS PEQUEÑO, NOS ECHA A PERDER?

Pedro Echeverría V.

3.-El marxismo en contraste con el leninismo

1.-Sobre el Ibero-americanismo

Por Jorge Valls

Cuando una ideación en la realidad potencial está en ocasión de devenir actualización tempoespacial, es decir, acto y hecho en un lugar entre lugares y en un tiempo entre tiempos, las fuerzas ontológicas del ser y el anti-ser –entiéndase el antiser como oposición de la nada, de lo que se opone a que se constituya en una dimensión concreta de la existencia— coliden fieramente y, embozándose en la inconsistencialidad de los motivos casuales aparentes, plantean la polarización última por lo que la cosa ha de ser definitivamente constituida: la obración intencional y discerniente por parte del agente causal único que puede llevarla a cabo. Un ideal no está para persistir únicamente en el topos uranos, más allá de una posible concreción accidental en un tempoespacio, sino precisamente para constituirse en realidad intregal --concreta, exenta y definida-- en todas las dimensiones posibles de la existencia. Pero su acceso a los distintos planos de ésta tiene que ser producido por un esfuerzo gestor frente a la total oposición que la nada preexistente inexorablemente ofrece. Es decir, que nada aparece en la existencia si un ser, previamente existente, no lo produce mediante un esfuerzo, por un exceso trascendente de sí mismo, no obligadamente necesario, antes libremente decidido y volitivamente impulsado. Aquí la palabra “volitiva” implica el ejercicio causal de una facultad esencial: la de

producir una realidad más allá de la encontrada. A esto lo llamamos poder: capacidad de obrar y determinación de hacerlo.

Un día, en el territorio del imperio español en el momento de su catastrófico desmembramiento (décadas segunda y tercera del siglo XIX) aparece un lema consignal imprecisamente verbalizado y apenas definido: juntar en entidad histórica única, plenamente facultada para obrar determinadamente en el destino humano —política, económica y socialmente constituida— a las provincias balcanizadas del antiguo imperio español, entonces en crisis total, para salvar en el futuro el peso perdido en la responsabilidad ecuménica. En aquel momento la América lusitana o francesa y las pequeñas estaciones inglesas o neerlandesas del Caribe constituyen otro mundo, con el cual, sin embargo, las tierras españolas tienen una muy frecuente relación de proximidad y de aparente comunidad de civilización (raíces idénticas y procesos integrales estructuralmente semejantes). Pero realmente el problema de una reintegración de provincias en un todo integral factible es un problema de las tierras españolas, en el cual curiosamente no siempre se implica a la propia España. Por supuesto, esto quiere decir que el trabajo es básicamente ideal y va sobre agudísimas abstracciones sin vías de comunicación inmediatas o evidentes a la pluralidad fenoménica tempoespacial que se estaba experimentando. Así el ideal era eso sólo: ideal, asunto de especulación, no propuesta realizanda.

La convulsividad de los acontecimientos precipitantes de la última veintena del siglo XVIII y primeras del XIX produjeron una fascinación inmediateista, psicológica y estética, que se expresó por un cúmulo retórico y práctico omniabsorbente. No había ni tiempo ni ocasión —ni ganas— para preocuparse por contemplar las causas anteriores obrantes desde mucho antes hacia la destrucción de la estructura hispánica y hacia la subversión de la institucionalidad monárquica francesa. Ha de recordarse que la mancomunación francohispana bajo la casa de Borbón marcaba la denominación sustancial de la civilización europea, heredera y depositaria del mundo clásico y del gran mestizaje integral —material y espiritual— que significó la proyección cristiana universalista.

Lo cierto era que desde antes de la mitad del siglo XVII ya logra nuclearse concretamente en estructura temporal autónoma y eficiente una proyección política cuya acción va a estar objetivamente determinada por la oposición destructiva a la civilización española en cuanto a todos los aspectos de ésta, y a la apropiación de la Europa continental para su

conversión en un diseño ideológico y axiológico-esencial diferente. Esta corriente materialmente organizada, que sí obró decisivamente sobre al complejo español-francés, no lo hizo así sobre el complejo lusitano y sobre las otras vertientes provinciales de Europa. Pero el siglo XVIII con algunos episodios entre muchos, como la invasión de Guantánamo, Cuba, en 1743, con el intento fallido de establecer la colonia de Cumberland, la toma de la Habana por los ingleses en 1762 y reagrupación consecuente de la América del Norte, así como la guerra de independencia de las colonias inglesas y su constitución en estructura “republicana” –no monárquica--, y el desarrollo en la Europa inglesa y continental de modos institucionales protopolíticos, apuntaban, aunque no demasiado visiblemente, hacia las mutaciones que tuvieron lugar luego. Las causas de éstas, para la generación que asistió a los acontecimientos y las subsiguientes, fueron explicadas por vagas abstracciones extraídas de la nueva retórica puesta en boga. Con esto se constituyó un complejo ideológico que proveyó a todos los niveles el vocabulario y la urdimbre para denominar la realidad presente y la programación estructural de la progresión hacia el futuro.

Si bien la realidad material daba la fragmentación irreparable de la mancomunidad española y el abismamiento de España en su propia descomposición interior y marginación práctica de la responsabilidad ecuménica, ahora situada bajo una nueva hegemonía, para los propios hombres que participaron en la agencia de la desintegración, el fenómeno inmediato producía, junto con toda la ilusión optimista ideal, el espanto de un defondamiento estructural, cuyas consecuencias no podían ser menos que el desarrollo teratológico de las peores contradicciones y de los impulsos autodestructivos del ser, hacia un horizonte de deshumanización –entiéndase también: de des-civilización, de pérdida de la coherencia en la construcción de la vida urbana--. Por lo tanto, en el sustrato más agónicamente profundo de la conciencia angustiosa se pergeña un ideal –idea que aspira a convertirse en plenitud existencial—, único por el cual se concibe el rescate del ser humano con todas las disposiciones de su posibilidad encarnacional: materiales y espirituales; sociales, políticas y de la construcción de su estancia en la tierra--: la reconstitución, en un nuevo avatar metodológico, de la macomunidad ibero-americana: volver a ser una sola nación estructurada para su justa eficacia histórica y responsabilidad universal.

El hecho de lo que llamamos “la independencia” nos arrojaba ante una problemática que hasta entonces nos era desconocida, o que habíamos

abordado con un instrumental rico y variado que nos proporcionaba nuestra continuidad antecedente. En los dos acontecimientos citados 1743 y 1762, así ocurrió. Pero a partir de la “independencia” la indefensión de nuestra civilización no contaba sino con lo poco cristalizado en cada una de las provincias, ahora separadas no sólo por la constitución política de estados nacionales distintos sino por la contradicción de intereses particulares no siempre legítimos ni originales que se oponían con éxito (facilitado por las corrientes ideológicas justificativas de la época) al interés común, ya provincial ya nacional ya universalmente humano. Realmente el período que popularmente se llamó de “después de la patria” sumió a Nuestra América en caotizantes conflictos faccionales, en la incapacidad de construir consecuentemente un derecho político suficiente, y en una competencia irrestricta de factores sociales que condujo a la concentración del poder material en manos de exiguas oligarquías socialmente poco responsables, a la sumersión de las masas en la servidumbre más desprotegida, a la degradación de la civilización en todos los aspectos (reducida a una cultura comprada por las minorías urbanas, incapaces de creatividad o de iniciativa trascendente, y, en fin, a la sumisión de nuestro desarrollo a la determinación e intereses de poderes extranjeros en todo contradictorios con nuestra índole y nuestro deber trascendental como seres humanos.

Este proceso arrojó como consecuencia una valoración excluyente de nuestra confundida identidad. El “hispanoamericano”, “latinoamericano”, “iberoamericano” era un ser que no alcanzaba la identidad antropológica suficiente. Era un “indígena”, un “criollo”, un “mulato” o un “americano”. Poco a poco esta denominación de “americano”, como adjetivo denominante de una porción considerable de la humanidad, pasó a ser la de un ciudadano de la república estadounidense (E.U.), único que podía considerarse hombre entre los hombres, capaz de decidir y obrar. Un “latinoamericano” podía ser pintoresco, genial, bonísimo si se quería, pero sus comunidades no eran nada más que cotos de extensión de los verdaderamente responsables. No daban hombre con el que había que contar. Llegaríamos a ser raza incomprensible, especialmente incapacitada para las labores esenciales de discernir, decidir y obrar, gente que podía producir problemas, no soluciones, y que lastraba indeseablemente cualquier proyecto de colaboración universal considerable. Somos “los que han de ser mantenidos, ayudados, salvados”; no los que pueden vivir por su propia cuenta ¡en el bolsón de recursos más fabuloso que se haya descubierto o producido!

He ahí cómo y por qué al final del siglo XIX y amanecer del XX el tema de la unión de los países “suramericanos” (de “al sur de los Estados Unidos”) o mejor “nostramericanos” (para usar la denominación que acuñara Martí) se convierte en verdadera doctrina, que crece y se difunde por todos los estratos sociales, específicamente entre las conciencias más preclaras y éticamente más responsables de la conducción humana. La original idea de “patria”, que informa desde los orígenes la identidad y responsabilidad humanas, se desarrolla como posible visión ulterior de fines concretos, formalmente figurables, como programa de acción y realización y, sobre todo, como conciencia mancomunal de reconocimiento del “nosotros”, del prójimo inmediato co-participante, del colaborador necesario en una configuración a la vez sensible y práctica; podríamos decir metafóricamente: la “comunidad de corazón y de manos”.

En el siglo XX el hispanoamericano que más en serio comprende ese propósito es Dn. Pedro Albizu Campos, de Puerto Rico, para quien la integración de las provincias en nación única es causa del progreso (entiéndase: del andar enrumbado) y de la conciencia moral necesaria para la realización de un destino que ninguna provincia puede realizar por sí sola y sin cuya realización el hombre en nuestras tierras no alcanza su correspondiente estatura ontológica. Ya Dn Pedro sabe también que no hay “nostra-americanidad” si no se asumen los signos esenciales de la civilización española: su vocación ontológica y su misionalidad ética universal. Ser “español” --que es ser hispanoamericano de cualquier color-- es un intento de ser hombre a través de una autoconcienciación y de una autodisciplina consecuente, en función de lo único que realmente se puede ser: humanidad.

Por la década de los setenta, Dn Carlos Andrés Pérez, entonces en su primer período como presidente de Venezuela, quiso convocar a un congreso anfictiónico para plantear en serio, en términos consecuentes con la realidad material de aquel momento, el tema de una colaboración integral entre todos los países nostramericanos. Por supuesto, hubo intereses demasiado fuertes, dentro y fuera, que lo impidieron. Ante una expresión exógena que proponía el acercamiento mayor de una potencia con cada una de las “naciones” latinoamericanas, dadas las diferencias en todo sentido que existían entre las provincias disímilmente desarrolladas, Dn Carlos Andrés Pérez usó una expresión especialmente afortunada: “Nosotros somos una nación de repúblicas”. Con esa frase ponía la consistencia ontológica de la comunidad humana por encima de las casuales formaciones temporales, y con el

“nosotros” asumía la integridad de la identificación de la persona individual con la colectiva en una responsabilidad ética que trascendía el lugar-momento para reconocerse en una continuidad histórica no soslayable.

Durante su segundo período, específicamente en 1988, se convocó a la I Conferencia Iberoamericana, que se realizó en Guadalajara, México. No fue poco el ataque que la autoridad del país convocante más interesado tuvo que soportar, acaso por esta misma causa.

Lo importante de este nuevo avatar del iberoamericanismo en el trabajo político internacional, fue la presencia de España y Portugal y la contemplación desde Europa de un proyecto que verdaderamente podía servir para la construcción de un equilibrio universal que salvara los fundamentos de la civilización de derecho, que no se produjeron precisamente fuera del marco euro-americano.

Esta posición, que compartimos, pone al ideal iberoamericanista, por encima de las exclusiones partidistas, clasistas o de régimen político y sistemática económica, mucho menos de calificaciones doctrinales particulares. El “iberoamericanismo”, que preferiría llamar “nostra-americanismo”, incluye ontológicamente todos los países al sur de los estados Unidos, España y Portugal, con toda su población históricamente identificada por el haber nacido en nuestros territorios (jus solis) o por ser hijos de nacidos en ellos (jus sanguinis). Ésta es una realidad por encima de cualquier consideración de clase, partido o régimen temporal ya en vigor o propuesto. Por supuesto, repudiamos cualquier connotación dicha “racial” o “étnica”. Aquí todos somos indígenas, naturales y aborígenes de estas tierras, (desde los Pirineos hasta la Patagonia) por nacimiento o por adopción legítima, y no reconocemos ninguna categoría sino la condición de ser humano, cualquier otra cosa no es sino responsabilidad moral de cada ser humano en particular y de todos como especie. Otra cosa sería jugar dentro de las peores enajenaciones condenadas.

Hemos insistido en el iberoamericanismo como la proposición de integrar en estructura política, económica, social; entiéndase: desde militar y jurídica hasta laboral y educacionalmente, en estructura supraestatal. Esto quiere decir la construcción de figuras legales mancomunitarias que, sin abolir la inmediata autoctonía de las provincias y sus necesarias

determinaciones particulares, provea las estructuras suficientes para una política común en los campos que requieren la acción mancomunada. Por eso denominamos la construcción a la que aspiramos como “Mancomunidad Iberoamericana”.

Sabemos de las tremendas diferencias que tal extensión y variedad de territorio y población implican. Por eso trabajamos hacia formas integrales regionales que comprendan esas especiales condiciones. Éstas, a grosso modo, se figurarían como el Los Andes, la Argirópolis, el Brasil, como una unidad propia de magnitud suficiente, España y Portugal, como claves determinacionales y puente necesario, a gran escala, con las estructuras europeas, y el Caribe, el más complejo, difícil y urgido de los ámbitos, compuesto, sobre la identificación talasocrática, por las islas mayores y menores, el istmo centroamericano las penínsulas y las costas que dan al mediterráneo americano (Mar de las Antillas y Golfo de México), donde se cruzan y se constituyen todas las raíces formativas del complejo continental.

El tema de la soberanía es, por supuesto, clave de todo este elán doctrinal. Por no tener soberanía verdadera y plena en nuestra disgregación actual, es por lo que aspiramos a una soberanía iberoamericana o mejor “nuestra”, por la cual la eficiencia decisiva y responsable de cada persona individual o colectiva pueda ejercerse en función de sus reales causas y consecuencias, para la redención de nuestros pueblos y de toda la humanidad.

Hay más que hablar de todo esto, pero por ahora baste. Esto sólo para incitar el gusto.

Aprendamos a volar como cóndores, y no como gallinas.

2.- POR QUÉ CUALQUIER PODER, POR MÁS PEQUEÑO, NOS ECHA A PERDER?

Pedro Echeverría V.

¿Por qué cuando alguno de las bases,
asumimos algún cargo importante en la

estructura nos "echamos a perder"? Samuel Scarpato (amigo venezolano)

1. Las estructuras jerárquicas autoritarias en las sociedades precapitalistas y burguesas, divididas en clases sociales, obligan “hasta al más grande revolucionario” que acepta un cargo de gobierno, a someterse a las estructuras dominantes. La escuela del poder y el autoritarismo se inician en la familia donde los padres mandan y los hijos obedecen, sigue la escuela y la iglesia donde los profesores y los curas determinan; luego viene la fábrica, el gobierno, el sindicato, el partido, las mafias culturales, los títulos y el mejor informado. A “todo mundo” le encanta el poder, le gusta mandar, quisiera que todos se subordinen a él y que lo admiren. El poder económico y político es evidente, pero el poder ideológico, que puede ser más, se oculta tras la “inteligencia” y las palabras.

2. Las organizaciones políticas, económicas, sindicales, profesionales, en el capitalismo tienen que obedecer las estructuras jurídicas y políticas que el sistema ha establecido; ningún dirigente puede escapar de ellas y, al contrario, deben fortalecerlas para continuar en el poder. Las estructuras económicas e ideológicas son el poder real. El sistema ha demostrado ser muy poderoso al tener capacidad para mediatizar y absorber a organizaciones y a dirigentes que en un tiempo fueron de izquierda; aunque no hay que olvidar que los organismos y dirigentes que han querido conservar principios ideológicos y políticos firmes han sido golpeados, marginados y sin crecimiento. Parecería que a mayor organización mayor dependencia a la estructura dominante.

3. Los que luchamos contra todo poder pareciera que queremos el poder para nosotros. En las sociedades divididas en clases –que son todas- tendremos siempre la razón al luchar por los intereses de las mayorías y al oponernos con todas nuestras fuerzas a la explotación de las minorías. En este campo no podemos tener duda de la injusticia y la opresión de la que es víctima la población; pero el problema surge cuando queremos construir un gobierno sustituto diferente y que al final resulta igual o parecido al que se supone hemos enterrado. Nada cambia al surgir un poder encubierto, “camuflado”, pero que siempre es poder de una minoría. ¿Cómo construir una sociedad igualitaria, justa, sin practicar la autogestión, el autogobierno, la descentralización y la horizontalidad?

4. El poder, -probado hasta la saciedad- corrompe y a más poder corrompe mucho más a quienes lo ejercen. Pero además los individuos no llegan al poder sin quererlo, sino que hacen méritos, se esfuerzan con su intelecto, sumisión o lamisconería para “merecerlo”. La realidad es que en todos lados hay poder pequeño o grande; pero lo importante es reírse o burlarse de él. Habría que descartar, en primer lugar, la idea de que tenemos la razón en nuestras opiniones o juicios entre nuestros hijos, alumnos, amigos o compañeros; tenemos una opinión, un razonamiento, una fundamentación que puede servir para plantear un programa (por ejemplo), pero nada más. Un conjunto de razones hacen sistema y poder. ¿Quién ha dejado de decir o pensar que no se merece el poder?

5. Me parece que los althusserianos hablaron en alguna ocasión del Marx joven y el Marx maduro o viejo descalificando (o casi) al joven Marx por ser aún hegeliano, idealista y humanista; apoyando en cambio al Marx que desde el Manifiesto Comunista del 1848 hace sistema, es decir, crea alumnos, seguidores, organización. Algunos, por el contrario han señalado que el Marx revolucionario es el que rompe sistemas de pensamiento (el de Hegel, Feuerbach), que cambia dialécticamente todo y no tiene límites y, por el contrario que el Marx viejo es el que va cerrando su pensamiento, el que hace escuela o sistema derrotando o sometiendo ideológicamente a sus adversarios. Esto me ha hecho pensar que los jóvenes son revolucionarios por naturaleza y los viejos no.

6. Personalmente, hasta mediados de los setenta, cuando me consideraba “marxista” creí tener siempre la razón; pero cuando los textos libertarios me hicieron pensar, comencé a comprender que el socialismo, como periodo de transición, hacia la desaparición del salariado y el Estado, jamás existió en Rusia, China, Yugoslavia o Cuba; incluso cuando llegué a la convicción que no habían existido revoluciones proletarias porque los partidos, en nombre de los obreros, habían asumido el poder; que muchas veces la “lucha por el socialismo” era sólo voluntariosa; y que ese mismo poder “socialista” era más o menos igual al de las dictaduras “democráticas” capitalistas, llegué a la conclusión de que hay que luchar contra todo poder socio estructural, no solo personal..

7. El problema es que la revolución socialista tiene que ser mundial o no lo es. Ya Marx, Lenin, Luxemburgo, Trotski, Stalin y otros han discutido suficiente sobre el problema. Me preguntan: ¿Por qué Fidel Castro, Chávez, Morales, Correa tienen que transigir incluso con el enemigo imperialista o

capitalista? Sencillo: por la correlación de fuerzas internacional. ¿Por qué la ONU que se dice representa a la casi totalidad de los países del mundo sólo ha servido en su historia de más de 60 años a los intereses yanquis, de Israel y a las grandes potencias? ¿Por qué cuando una organización de izquierda es pequeña no transige y cuando logra fuerza negocia hasta con los enemigos? Sencillo: porque sigue predominando la estructura capitalista y sus intereses privados.

8. La realidad es que no es lo mismo estar luchando en las barricadas por la liberación, la independencia, la revolución social, que ser dirigente de una organización o de un gobierno establecido. Cada quien escoge su camino: perseguir los cargos políticos, sindicales o de gobierno que dan poder y atan al mismo tiempo, o estar libertariamente con las luchas sociales donde estas se manifiesten. Parece paradójico o contradictorio que mientras más grande o numerosa es una organización política, sindical, popular, más comprometida con el poder están sus dirigentes porque presenta un amplio abanico de intereses; por el contrario, en la medida en que es menor, puede ser más homogénea y más radical. Por eso los anarquistas prefieren pequeños consejos, federaciones, coordinaciones.

9. Castro, Chávez, Morales, Correa, en otro tiempo Bolívar, San Martín, Juárez, son notables personajes que han sido reconocidos en la historia, además de otras cosas, por defender a sus países y al mundo de las agresiones e invasiones imperialistas. Han cometido errores, muchas pifias estableciendo relaciones con grandes inversionistas, con gobiernos como de México, de España, de Colombia, incluso algunas alianzas con EEUU, pero la idea central de defensa de la independencia y la soberanía de los pueblos los ha distinguido. ¿Qué podría decirse del otro 95 por ciento de gobiernos como los mexicanos, desde 1982 por lo menos, que se han arrastrado ante los gobiernos yanquis? La realidad es que no se debe justificar a ningún gobierno, pero sí explicar los hechos.

3.- El marxismo en contraste con el leninismo

La teoría de Marx de la revolución socialista se basa en el principio fundamental de que “la emancipación de la clase obrera debe ser obra de la clase obrera misma”. Marx sostuvo este punto de vista durante todos sus cuarenta años de actividad política socialista, y distinguió su teoría tanto de las que invocaban a los príncipes, a los gobernantes o a los empresarios industriales para que cambiaran el mundo en beneficio de la clase obrera (al estilo de Roberto Owen y Saint Simon), como de los que confiaban en la acción determinante de la minoría ilustrada de los revolucionarios profesionales para liberar a la clase obrera (como Buonarotti, Blanqui y Weitling).

Auto emancipación consciente

Marx vio que la posición social misma de la clase obrera era la de la clase que produce la riqueza, es explotada, nada posee y se ve forzada a luchar en contra de las condiciones capitalistas de existencia. Puede decirse que este “movimiento” de la clase obrera es implícitamente socialista ya que a final de cuentas se refiere a quién debe tener el control de los medios de producción: si la minoría capitalista o la clase obrera (es decir, la sociedad en su conjunto). Al principio, creía Marx, el movimiento de la clase obrera sería inconsciente y desorganizado, pero, con el tiempo, a medida que los obreros fueran ganando experiencia en la lucha de clases y el funcionamiento del capitalismo, se iría volviendo cada vez más conscientemente socialista y organizado democráticamente por los propios obreros.

Esa comprensión del socialismo que obtendrían los trabajadores a partir de la experiencia podría calificarse de “espontánea” en el sentido de que no requeriría de la intervención de personas ajenas a la clase obrera para que tuviera lugar (lo que no significa que los obreros no podrían tomar parte en este proceso sino que su participación no es esencial ni decisiva). La propaganda y la agitación socialista sí serían necesarias pero tendrían que ser realizadas por los propios obreros cuyas ideas socialistas de habrían derivado de una interpretación de experiencia de clase dentro del capitalismo. El resultado final sería un movimiento independiente de la clase obrera de mentalidad socialista y organización democrática, dirigido a ganar el control del poder político con objeto de abolir el capitalismo. Como Marx y Engels lo expresaron en *Manifiesto comunista*, “el movimiento proletario es movimiento con consciencia de sí mismo e

independiente de la inmensa mayoría en interés de la inmensa mayoría”.

Tal fue la concepción que Marx tuvo del “partido de los trabajadores”. Él no vio el partido de la clase obrera como una élite, autonombra, de revolucionarios profesionales, como hicieron los Blanquistas, sino como el movimiento democrático en masa de la clase obrera con el propósito de establecer el socialismo, la propiedad común y el control democrático de los medios de producción.

El punto de vista opuesto de Lenin

El descrito en el párrafo anterior fue el punto de vista de Marx pero no el de Lenin. Este, en su folleto *Qué hace*, escrito en 1901-2, declaró:

La historia de todos los países muestra que la clase obrera, exclusivamente por sus propios medios, es capaz de adquirir sólo conciencia sindical, es decir, la convicción de que es necesario unificarse en sindicatos, combatir a los patrones y luchar por que el gobierno apruebe la legislación laboral necesaria, etc. La teoría del socialismo, sin embargo, nació de teorías filosóficas, históricas y económicas elaboradas por los representantes de las clases adineradas, los intelectuales (Foreign Languages Publishing House edition, Moscú, pp. 50-51).

La conciencia política de clase sólo puede llevarse a los obreros desde fuera de la lucha económica (*sin la lucha económica*), desde fuera de la esfera de relaciones entre los trabajadores y sus patrones (cursivas de Lenin, p. 133).

El movimiento espontáneo de la clase obrera por sí solo es incapaz de crear algo más que el sindicalismo (al que inevitablemente crea), y los políticos sindicalistas de la clase obrera son precisamente los políticos burgueses de la clase obrera (pp. 159-60).

Lenin desarrolló el argumento de que la gente que tendría que llevar la “conciencia socialista” a la clase obrera “desde fuera” serían los “revolucionarios profesionales”, que saldrían principalmente de las

filas de la *intelligentsia* de la burguesía. De hecho, argumentó que el Partido Social-Demócrata Ruso debería ser una “organización de revolucionarios profesionales”, que fueran la vanguardia de la clase obrera. La tarea de este partido de vanguardia que estaría compuesto de revolucionarios profesionales bajo estricto control central sería la de “ponerse a la cabeza” de la clase obrera, ofreciéndoles consignas que le sirvieran de guía y por las cuales luchara. Es la antítesis misma de la teoría de Marx de la auto emancipación de la clase obrera.

El golpe bolchevique

La implicación de la teoría de Marx de la auto emancipación de la clase obrera es que la inmensa mayoría de la dicha clase obrera debe empeñarse conscientemente en la revolución socialista contra el capitalismo. “El movimiento proletario es el movimiento independiente y consciente de sí mismo de la inmensa mayoría en interés de la inmensa mayoría”.

El golpe bolchevique de noviembre de 1917, realizado con el pretexto de proteger los derechos del Congreso de los Soviets, no gozó del apoyo de la mayoría consciente, al menos no del socialismo, aunque su consigna de “Paz, pan y tierra” fue de gran popularidad. Por ejemplo, las elecciones para la Asamblea constituyente, realizada después del golpe bolchevique y así bajo el gobierno bolchevique, les dio sólo el 25 por ciento de los votos.

John Reed, periodista norteamericano simpatizante de los bolcheviques, cuyo famoso relato del golpe bolchevique, *Diez días que conmovieron el mundo*, fue elogiado en un prólogo por Lenin, cita a este al replicar a esta clase de crítica en un discurso pronunciado ante el Congreso de los Soviets Campesinos, del 27 de noviembre de 1917.

Si el Socialismo puede realizarse sólo cuando el desarrollo intelectual de todo el pueblo lo permite, entonces, entonces no veremos el Socialismo cuando menos durante los próximos quinientos años... El partido político Socialista—es decir, la vanguardia de la clase obrera—no debe permitirse el ser detenido por la falta de educación del promedio de la masa, sino que debe encabezar a las masas, usando los Soviets como

órganos de la iniciativa revolucionaria...” (cursivas y omisiones de Reed, Modern Library edition, 1960, p. 15).

Compárese lo anterior con un pasaje del comunista utópico Weitling: “desear esperar... hasta que todos estén ilustrados convenientemente ¡sería abandonarlo todo! No se trata, naturalmente, de que “todos” los trabajadores tengan que ser socialistas antes de que haya Socialismo. Marx, al rechazar la idea de que el Socialismo podría ser establecido por una minoría ilustrada, sólo estaba diciendo que una mayoría suficiente de obreros tendría que ser socialista.

La herencia de Lenin. Habiendo tomado el poder *antes* de que la clase obrera (y, aun menos, el 80 por ciento de la mayoría campesina de la población) estuviera preparada para el Socialismo, todo lo que el gobierno socialista pudo hacer, como Lenin lo admitió francamente, fue establecer el capitalismo de estado en Rusia. Eso fue lo que hicieron, al mismo tiempo que imponían su propia dictadura a la clase obrera.

Del desdén por las capacidades intelectuales de la clase obrera nació la afirmación de que el partido de vanguardia debería gobernar en representación de la dicha clase obrera, incluso en contra de la voluntad de ésta. La teoría de Lenin del partido de vanguardia se llegó a venerar como un principio de gobierno (“el papel conductor del Partido”) que sirvió para justificar lo que resultó la dictadura política más prolongada de la historia.

Sigue pendiente la emancipación de la clase obrera por sí misma, que es por lo que abogó Marx.
